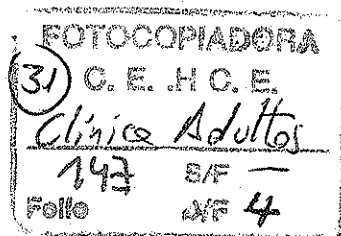


G. Clastres, S. Cottet, S.C. de Criscaut, C. Gallano,  
S. Hommel, J.C. Indart, J.-P. Klotz, E. Lemoine,  
J.E. Matusевич, J.-A. Miller, R. Portillo,  
S. Schneiderman, D. Silvestre, M. Silvestre,  
C. Soler, M. Strauss, H. Wachsberger

# ACTO E INTERPRETACION



MANANTIAL

ACTO E INTERPRETACION. - ED. MANANTIAL

LAS ENTREVISTAS PRELIMINARES

Mesa Redonda

Serge Cottet, Suzanne Hommel, Eugénie Lemoine,  
Danièle Silvestre, Michel Silvestre, Marc Strauss

1984

## La apertura del inconsciente

G. Lemoine —Una pequeña historia para empezar. Se trata de una empleada doméstica que tengo desde hace por lo menos quince años, que no anda muy bien, y que siempre me ha hablado entre puerta y puerta. En los últimos años hizo dos episodios bastante graves y, hace muy poco, una depresión que la condujo al hospital psiquiátrico. Quería suicidarse. La fui a ver a su casa y más tarde ella vino a la mía para hablarme.

Continuamos hablando como lo habíamos hecho siempre, hasta que un buen día me dice: "Quisiera hablarle, ya que es a lo que se dedica, para que me trate". Yo, entonces, me dije: "Hay que prestar atención", y le respondí: "Seguro, ¿cuándo quiere venir?" — "Oh, me dice ella, no vale la pena hacer una cita, la veré mañana o esta tarde, como de costumbre". Le respondo: "No, no, si quiere que la trate es preciso que me pida una entrevista y la veré en mi consultorio". — "Ah, bueno, entonces mañana a las 11". Al día siguiente, a las once, la espero en el consultorio. Llega a las 14. — "Ah, le digo, demasiado tarde. Le di la entrevista para las 11" — "¡Pero, ya que usted está aquí...!" — "No, vea usted, no estoy desocupada y no puedo recibirla. Si usted quiere fijamos otra entrevista". Me responde: "Ah, ¿sí? . Bien, mañana a las 11".

1

Luego reconsidera: "Escuche, no. Mi secreto, de todos modos, ya se lo conté y no veo qué más podría hacer usted. Además, ya ando mejor". Comprendió, por consiguiente, que venir a mi consultorio para una entrevista cambiaba todo y tuvo miedo. Ese poco de miedo no es accesorio. Hace caducar las "ambigüedades" que a la fuerza contiene la "aserción" del sujeto. Esos términos son de Freud. Cualquiera sea el analizante, tiene que comprender la ruptura que hay entre todas las demandas de terapia o de tratamiento hechas hasta entonces y un análisis. El análisis no es la continuación de una relación "natural". Lo que de alguna manera tiene que significarse. Puede que lo sea de entrada, porque hay, en efecto, que pedir una entrevista; seguida de que lo sea en un lugar impuesto: el consultorio. No hay en esto receta. Pero es preciso que haya un corte.

*M. Silvestre* — Si hablamos en ese momento de corte, ya no podemos distinguir entre las entrevistas preliminares y el análisis mismo. Es verdad que entre el análisis y el resto hay un corte indiscutible. Pero en lo que respecta a las entrevistas preliminares, se trata de saber si vamos a dar o no un contenido a ese término. Término que designa un tiempo particular: el que va desde que el sujeto se encuentra con un analista por primera vez, hasta el momento en que comienza el análisis. El corte que usted señala es un corte entre las relaciones "naturales" y la cura. Las entrevistas preliminares se sitúan, justamente, entre las dos. Si no se las distingue como tales, se escamotea la cuestión.

*D. Silvestre* — Respecto a la discusión que empezamos, entiendo "entrevistas preliminares" como preliminares al análisis.

*S. Cottet* — No preliminares a la demanda de análisis.

*D. Silvestre* — ¡No preliminares a nada! La pregunta que hago es: "¿Cuándo y cómo detectamos que el análisis empieza?". No comienza forzosamente en la primera entrevista, ni en la décima. Si no culminan en un análisis ya no se las llama preliminares. Es claro que el analista también puede decidir, en un momento dado, que no hay análisis posible.

*G. Lemoine* — Justamente. A menudo, porque la primera sesión ha fallado, ni el analista ni el analizante han podido situarse en esta relación que marca un corte con las relaciones habituales. Me darán la razón en esto: que si la ruptura ha sido marcada, el analizante, desde la primera sesión, ya no sabe dónde pone los pies.

*M. Silvestre* — El analista, precisamente, hace de manera que termine por saberlo. Es un objetivo de las entrevistas preliminares. Tanto puede el analista decidir que no hay análisis posible como conducir a alguien, que llega sin saber demasiado por qué a que lo emprenda.

*M. Strauss* — Me parece que el margen de maniobra del analista es más importante durante las entrevistas preliminares que una vez comprometido el análisis.

*S. Cottet* — Tengo la impresión de que se podrían distinguir dos clases de preliminares al análisis. Ante todo, las entrevistas preliminares propiamente dichas, en las que se plantea la cuestión del diagnóstico, la del síntoma, etc. Si hay entrevista, hay diálogo, intercambio de palabras, cara a cara: un dispositivo que no está encuadrado por el dispositivo simbólico del análisis. Una vez hecho ese primer trabajo, habrá un corte cuando el analista decida que hay posibilidad de análisis. Es un momento de concluir que sucede al tiempo de comprender la demanda que se nos dirige en tanto inconsciente. En efecto, no basta que alguien demande un análisis para proponérselo. . . Se dice, a veces: antes de comenzar, espere-mos la transferencia. Pero, más bien, es el análisis mismo el que va a hacer de una transferencia "espontánea" una demanda intransitiva. En cambio, un resbalón del sujeto en el curso mismo de las entrevistas, un enigma de su propia enunciación, u otra cosa que no ve en su "no sé", hace del sujeto un candidato a la asociación libre. La entrevista evidencia la función del otro para el sujeto y constituye un momento de apertura del inconsciente, pero eso no será el análisis. Algunos imaginan que por ir tres o cuatro veces al analista y pagar regularmente sus sesiones, hacen algo.

*S. Hommel* — Evidentemente, pero ¿en qué fundar la distinción?

*D. Silvestre* — Freud, en todo caso, hacía como preliminar un período de ensayo. Es decir, acostaba a la gente y les daba la regla del juego. Luego, si no resultaba un análisis, suspendía.

*G. Lemoine* — Pero, ¿llamarían ustedes entrevistas preliminares a ese período de ensayo que puede o no llegar a algo?

*S. Cottet* — Sí. Ese ensayo se ubicaba en lo que llamamos entrevistas preliminares. Era un "análisis preliminar".

*La transferencia a priori*

*S. Hommel* — Las entrevistas preliminares no se definen por el cara a cara y el análisis por el diván. El corte no ocurre necesariamente entre esos dos dispositivos diferentes. Pienso en alguien que, luego de su primera entrevista, me contó un sueño. Era un sueño de transferencia. Ya no sé qué le dije exactamente, pero se dio cuenta de que había tenido un sueño de transferencia antes de encontrar a su analista. No se trataba de la Sra. X, sino del analista. En el sueño trataba a ese analista muy mal, lo dañaba físicamente derribándolo con sus palabras. Percibió, pues, que no se trataba de una relación con una persona, sino de la relación con el analista; podría decirse con el gran Otro. Pero fueron necesarios varios meses para que pudiera retomar ese sueño, soñado antes de llegar al analista.

*G. Lemoine* — Usted permanece, sin embargo, como el Otro. Pero ya, gracias al encuentro, cesa de ser el Analista y se vuelve *un*, o incluso, *una* analista. De golpe se vuelven posibles, eventualmente, tanto el engranaje de la relación sexual en el síntoma — realidad del inconsciente—, como la posición en *a* de la persona del analista, en un tiempo posterior. Si el análisis ya comienza con un sueño (o en algún otro acontecimiento psíquico captado por el analista), las entrevistas preliminares terminan en el momento de ese anudamiento transferencial particular que permite la instalación de los cuatro términos del discurso analítico.

*M. Silvestre* — Entonces, ahí tendríamos una secuencia que delimita bien el inicio y el fin de las entrevistas preliminares. Vemos que, a la vez, se distinguen del análisis, pero que al mismo tiempo, desde el inicio, no es una relación habitual. Hay una ruptura, una escansión: una marca al inicio, una marca al final, que es el comienzo del análisis. No siempre es tan claro, pero es una buena ilustración de lo que podríamos llamar, de manera delimitada y precisa, entrevistas preliminares.

*S. Cottet* — Volvemos así a la pregunta que Danièle Silvestre proponía que discutiéramos, a saber: ¿basta con que haya transferencia para que un análisis sea decidido? Al respecto, Suzanne Hommel recibió un signo que ella juzgo pertinente. . .

*S. Hommel* — Sí, en efecto, porque es el ejemplo mismo de cuando hay transferencia fuera de la persona. Se trata, verdaderamente, de una transferencia con el analista, con alguien que podría escuchar.

*M. Silvestre* — Podríamos agregar, utilizando terminología anglosajona, que Suzanne Hommel esperó las manifestaciones de su *insight*. Porque, con ese sueño de transferencia al inicio, se ve bien que el sujeto supuesto al saber está de entrada; incluso antes de que el paciente entre en el consultorio. Hay instalación del sujeto supuesto al saber porque hay sueño. No obstante, lo que Suzanne Hommel espera, entonces, es cierto efecto subjetivo de esa misma instalación.

*D. Silvestre* — Dicho de otro modo que comience a fabricar saber o significación.

*S. Hommel* — A propósito de la transferencia negativa, me dijo: “La primera vez que vine dije cosas muy malignas, pero no sé por qué se las dije. No podían dirigirse a la Sra. Hommel”.

*S. Cottet* — Sí, le dijo que había error de persona.

*S. Hommel* — Sí y, evidentemente, no lo estimulé para que dijera que se trataba de mi persona.

*M. Strauss* — ¿Se puede hacer coincidir ese momento de viraje en el que retoma su sueño con el dispositivo técnico propiamente dicho, el diván? Me parece que no siempre es algo tan guiado.

*G. Lemoine* — Me parece que es en el momento en que él se escucha que debemos acostarlo.

*S. Hommel* — Ese pasaje es importante. En este caso, es el momento en que puede hacer este corte entre la persona que está frente a él y el Otro a quien se dirige, lo que puede indicar el momento de acostarlo. En este caso preciso fue así.

*S. Cottet* — Ese es el momento de concluir del analista por la transferencia.

*M. Strauss* — ¿Está el analizante, en ese momento, en análisis?

*S. Hommel* — Es lo que pienso. Pienso que estaba en análisis desde su primera entrevista. Pero no le he dicho de acostarse en seguida; esperé que eso diese una vuelta.

*S. Cottet* — ¿Era su primer análisis?

*S. Hommel* — No, ya había hecho uno de tres o cuatro años. Justamente, su queja era que el analista nunca decía nada, no sonreía, etc.

*S. Cottet* — Lo que demuestra su transferencia con el análisis, porque los analistas podían desfilar en serie pero la transferencia permanecía intacta.

*M. Strauss* — Me parece que, tal vez, hay que distinguir el tiempo de la demanda y a continuación el tiempo del deseo, para

(3)  
124

(2)

saber qué marca verdaderamente el inicio del análisis. Pienso en el caso de un paciente que ví cierto tiempo cara a cara. Progresivamente su discurso lo fue sorprendiendo, por lo que la dimensión de sujeto supuesto al saber quedó situada en el Otro. Eso me permitió acostarlo. Sólo después comprobé que el análisis no había comenzado, cuando un día, luego de haberme contado algo, me dijo: "Oh, eso debe ser por azar". Le pregunté si estaba seguro de eso, me devuelve la pregunta, de modo bastante desenvuelto: "¿Será que tal vez usted no está seguro de eso?". De inmediato suspendí. Fue una sesión extremadamente breve. El paciente salió un poco sorprendido, y yo, convencido de haber sido torpe y de haberme extraviado completamente. A la sesión siguiente vino diciendo que había estado confuso durante dos días. No recordaba nada de lo que había pasado, hasta que de pronto le vino a la memoria lo que había dicho y eso lo sobrecogió, en ese momento intervino el enigma del deseo, del deseo del Otro. Se puso a asociar con lo que en él era sintomático, a saber, su desenvoltura, su indiferencia en la existencia, etc. Desde ese momento se fecha verdaderamente el inicio del análisis, aunque estuviese acostado desde hacía algún tiempo.

#### *El deseo decidido*

*M. Silvestre* — Habría otra manera de encarar las cosas, planteando la cuestión de saber si hay que hacer un diagnóstico de estructura. Hagamos la pregunta. Sencillamente, podríamos decir que las entrevistas preliminares pueden servir al analista para que sepa un poco dónde va a meter los pies. Puede evaluar que, en ciertos casos, va a ser algo muy difícil y que habrá que respetar ciertas cosas. Por otro lado, hay que decirlo, las entrevistas preliminares constituyen una práctica lacaniana, en todo caso, acarreada por la enseñanza de Lacan. Hablar de diagnóstico, evidentemente, sería demasiado fuerte. No se trata de diagnóstico nosográfico, sino más bien de distribución de síntomas, de posición subjetiva ante la existencia, por ejemplo. A menudo la gente llega a análisis más o menos en crisis y es necesario ver qué dirección va a tomar la crisis.

*S. Hommel* — Lacan dijo que no había que tomar en análisis a alguien cuyo deseo no esté decidido. Pero ¿cómo saberlo? El que demanda un análisis nunca obtiene lo que demanda. Además, los analizantes nunca están totalmente decididos, dan un paso adelan-

te y dos atrás. Algunos han hecho yoga, relajación y cuando agotaron todo eso dicen: "Ahora no queda más que el análisis".

*S. Cottet* — Es cierto que con algunos pacientes las primeras entrevistas no dan gran cosa, hasta el punto de que uno se pregunta si no habría que seguir el *habitus* freudiano: acostarlos en seguida, para ver qué pasa. No lo propongo como generalidad sino para cierto tipo de pacientes cuyo síntoma precisamente es hasta tal punto afrontar al alter ego —para un obsesivo, especialmente— que la situación cara a cara les es insoportable. Esto es completamente diferente de lo que puede pasar cuando se hace un diagnóstico, por ejemplo en la presentación de enfermos, donde la situación es distinta por el hecho mismo de la presencia de un tercero, el auditorio. Es completamente diferente hacer una entrevista delante de un auditorio que cara a cara. Pienso en alguien que presentaba esta dificultad. Yo le hacía preguntas, quería saber un poco con quien me las veía. Tenía mi idea al respecto, pero quería que él también la tuviese. Le era algo manifiestamente imposible. También era uno de esos que ya ha probado todo. Pensaba que su lugar era ése porque se lo había dicho un compañero. Estaba tan adherido a su síntoma superyoico que decía: "¿Qué diablos hago acá?", y sólo aspiraba a irse. Hay realmente un tipo de síntoma que obstaculiza las entrevistas preliminares concebidas como indagación diagnóstica. ¿Cómo constituir el síntoma?

*G. Lemoine* — Me pareció que había que evitar que una entrevista sea forzosamente considerada como la primera sesión de un análisis ya comenzado. No porque una persona haya venido una vez ha comenzado entrevistas regulares. Le digo: "Piénselo y me telefonea". Además, no cobro la primera sesión. La demanda de análisis, para mí, es muy incierta, y tiene necesidad de afirmarse.

*D. Silvestre* — O sea que hay una técnica suave y otra más brutal. La de Freud es un poco brutal, consiste en poner a la gente en el diván: si no están decididos se van y uno queda fijo.

*M. Strauss* — También se pueden dormir en el diván. He visto, en reanálisis, a una persona que se había demorado en un diván. Según dijo, la habían acostado en seguida y a partir de ahí sólo durmió. Como el margen de maniobra es muy limitado cuando el paciente está acostado, luego fue duro restablecer las cosas. . .

*G. Lemoine* — Pero si usted comienza en seguida con entrevistas regulares, incluso preliminares, le va a costar salir de eso.

*S. Hommel* – Es cierto, pero cuando se dice que nunca hay que tomar en análisis a alguien cuyo deseo no esté completamente decidido, no se dice que se resuelve la primera vez, es algo que puede durar años. El interés de las entrevistas preliminares está ahí.

*M. Strauss* – La gente, cuando toma el teléfono y va a ver al analista, no es porque esté en su mejor forma. Más bien es porque está en crisis. En ese momento, hacerlos volver en quince días, o en un mes, es un poco, en mi opinión, no querer saber nada de lo que los ha precipitado a ir.

*S. Hommel* – Cuando me llama alguien le doy una entrevista rápidamente y otra, en general, también rápidamente. Quienes me llaman están, por lo general, con problemas, lo que no quiere decir que por eso terminarán en análisis. . .

*M. Silvestre* – Ese deseo decidido, me parece, es resorte del analista, decidirlo, precisamente. Una demanda claramente afirmada y con mucha determinación, puede muy bien no ser una demanda de análisis.

*S. Hommel* – Pero, en la palabra decidido, está con todo la palabra escisión, corte. Si Lacan dice “decidido”, es porque no es una elección banal como “Decido hacer un análisis”.

*S. Cottet* – Sí, es en *Televisión*, en cierto contexto, donde dice: “No aliento para ello a nadie, a nadie cuyo deseo no esté decidido”.

*G. Lemoine* – Habría que atenerse a un “no empujar” porque, en efecto, no hay que empujar en las entrevistas preliminares.

*S. Cottet* – No estoy seguro de eso.

*G. Lemoine* – ¡Ah! Y bien, yo sí, porque tengo más bien tendencia a ser activa, y a decir verdad, pragmáticamente, he aprendido que es mejor no empujar.

*S. Cottet* – No hay que empujar a aquellos cuyo deseo parece demasiado decidido. Encuentro que es muy sospechoso cuando la gente parece muy decidida a analizarse.

#### *El significante sorprendente*

*M. Strauss* – En la práctica, es cierto que hay gente a la que uno precipita haciendo actuar el discurso analítico mediante una interrogación, o mediante algo que los sobrecoge a nivel de una intervención del analista.

*M. Silvestre* – ¿Tiene el analista que arrastrar, tiene que

desencadenar la función de la prisa, para poner el análisis en camino?

*S. Hommel* – El acto del analista está tanto en las entrevistas preliminares como después. No va a ponerse en sordina. . .

*G. Lemoine* – Esa no es una razón para accionar la demanda.

*S. Hommel* – No se trata de accionar, pero cuando el analista detecta en el analizante el deseo, tiene que precipitarlo en el acto consiguiente. Por ejemplo, en “La dirección de la cura”, Lacan dice que hay analistas que esperan el asentimiento del analizante no sólo para las interpretaciones en general, sino también para la entrada en análisis. ¡No hay que esperar el asentimiento! Una vez que el analizante está ahí, corresponde al analista actuar.

*G. Lemoine* – Es cierto, si no, hay renuncia por parte del analista. Hay algo que entra a funcionar, pero no pienso en absoluto que el analista tenga que adelantar ese momento.

*M. Strauss* – En las entrevistas preliminares, ¿cómo da testimonio el analista de su posición?

*G. Lemoine* – La palabra testimonio no me gusta. El analista no tiene que testimoniar, tiene que responder con un acto, es todo lo que puede hacer y puede ser un acto de palabra. Es preciso que esté ahí, ¡qué tanto!

*M. Strauss* – ¿Y qué es ese “estar ahí?”

*G. Lemoine* – “Conduciré su análisis hasta su término”, declaró un día Lacan a un analista que se creía en control.

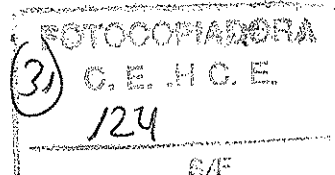
*S. Hommel* – El analista, tanto en las entrevistas preliminares como durante toda la duración de una cura, tiene absolutamente que atenerse a esta función de la prisa o de la precipitación. Un analista es analista siempre de la misma manera. No se lo es pidiendo asentimiento: “¿Está usted de acuerdo? ¿Quiere aceptarlo?”

*G. Lemoine* – Evidentemente.

*M. Silvestre* – Si suponemos que en las entrevistas preliminares el analista está en posición de interpretar el deseo, incluido el de entrar en análisis, ¡entonces podemos decir que ya es un análisis!

*M. Strauss* – No son preliminares para los dos. El analista no espera el fin de las entrevistas preliminares para estar en la posición del analista.

*G. Lemoine* – ¡Pero sí! Aunque el término *fin* es objetable. Son necesarios al menos dos para que haya análisis.



*D. Silvestre* — Como lo decía Suzanne Hommel, el analista tiene la misma posición desde la primera entrevista, pero el analizante está en los preliminares.

*M. Strauss* — Son preliminares a la entrada del paciente en el discurso analítico. Es aquí donde podemos hablar de margen de maniobra, y de precipitar la entrada o de favorecerla.

*G. Lemoine* — ¿Podemos ponernos de acuerdo en que cierto anudamiento de la transferencia marca la entrada en análisis y el fin de las entrevistas preliminares? Lo que quiere decir que en una primera fase el analizante habla de sí a un *x*, y que, en un segundo tiempo, le habla al analista. De ese ejemplo suyo en el que la transferencia precedía al encuentro, se concluye que el análisis sólo se anudó cuando esa transferencia se transformó en una transferencia sobre usted, aunque hubiese error de persona.

*S. Hommel* — También quería decir que en las entrevistas preliminares hay descubrimiento para el paciente, que todavía no es un analizante. Hay descubrimiento, no tanto de los significantes precisos de su historia, sino sobre todo del hecho de que en el drama que vive, en su existencia, no es sólo la víctima, sino que se lo ha fabricado. Es lo que Freud le hizo comprender muy bien a Dora. Se lo ha fabricado no como persona, sino en tanto todo eso proviene de él. No como alguien que lo ha decidido deliberadamente, sino como sujeto inconsciente arrastrado por algo que lo supera. Entonces, descubre que hay un significante. Significante que lo sobrepasa y al que está completamente sometido. Es algo bueno obtener esto en las primeras sesiones. Me ha ocurrido obtenerlo. Ahí sí, si eso ocurre, el pronóstico para el análisis es muy bueno. A esto me dedico particularmente en las entrevistas preliminares.

*M. Strauss* — Se trata de que el sujeto se sorprenda por algo que lo supera. Hay pacientes con los que se hacen entrevistas casi psiquiátricas, o sea biográficas, etc. Con otros no es necesario, porque la cosa marcha, y asocian de entrada. Todavía no es entrada en el discurso analítico, pero hablan de tal manera que no hay necesidad de situarse en la interlocución.

### La cuestión de la psicosis

*M. Silvestre* — Quisiera volver a la cuestión de la estructura. Por ejemplo, en cuanto se plantea la cuestión de la psicosis, se plantea una cuestión diagnóstica. Decir histeria u obsesión puede ser algo

más o menos delicado, pero uno ya no puede lavarse las manos en cuanto al diagnóstico si se plantea la cuestión de la psicosis.

*G. Lemoine* — No simplemente a nivel de diagnóstico. También es una preocupación. Uno se pregunta: “¿Será posible?”

*M. Strauss* — La manera en que se plantea el deseo del sujeto también resulta una indicación. Tomemos, por ejemplo, las primeras palabras de una paciente: “Lo vengo a ver, sabiendo que hacer un análisis con usted es imposible” — “Ah, ¿sí?” — “Sí, es imposible, porque mi mejor amiga se trata con usted; porque usted vive muy lejos de mi casa; porque no tengo dinero. . .”. Enumera así una lista de imposibilidades. Pensé que era una demanda de análisis por la manera en que agregaba imposibilidades.

*G. Lemoine* — Absolutamente: no obstante concurría.

*M. Strauss* — La organización de su deseo, especialmente de lo que no puede hacer, se anunció de inmediato.

*D. Silvestre* — Quiere decir que, en un ejemplo como éste, el hecho de que ella muestre enseguida la hilacha, al menos de su deseo, elimina de entrada el que se trate de una psicótica.

*M. Strauss* — Sí, y me dice cuál es mi lugar. Hay sujetos que llegan en estado de urgencia a la sala de psiquiatría del CPOA, con delirios psicoanalíticos contruidos luego de años de psicoanálisis o psicoterapia. Los significantes del saber psicoanalítico funcionan como contenido delirante.

*S. Cottet* — Los kleinianos pueden sostener el hecho de tomar a un paranoico en análisis porque tienen al respecto una teoría de etapas o fases. Para ellos, una paranoia es una regresión, una fijación en el estadio paranoico. Por consiguiente, su estrategia es conducirlos a la posición depresiva. De ahí que la cosa no les dé miedo. Rosenfeld toma paranoicos porque está convencido de que en algún momento logrará deprimirlos.

*M. Silvestre* — Tuve a alguien en análisis diez años. Luego de entrevistas preliminares relativamente prolongadas, tenía la idea de que era un obsesivo. En cuanto se acostó, se precipitó una paranoia. Sin embargo, ha servido para orientarlo en la existencia hasta el presente. Lo seguro es que no hay interpretación ni de su parte ni de la mía. Es decir que las interpretaciones se reducen a hacer ruidos con la boca.

*G. Lemoine* — Danièle Silvestre hacía una buena pregunta: si se intenta detectar la psicosis, ¿es para evitarla?

S. Cottet — Eso depende de los analistas y depende de los psicóticos.

M. Silvestre — Hay analistas empero que parten de la idea de no tomar psicóticos en análisis.

S. Hommel — Pero un analista puede tomar a un psicótico en entrevistas.

M. Silvestre — Precisamente, sobre lo que hay doctrina es sobre no tomar psicóticos en análisis, porque toda la doctrina sobre el tema está más bien del lado de que hay un callejón sin salida. Se pueden, entonces, hacer “psicoterapias”. Pero lo más explícito de la teoría lacaniana incitaría más bien a no tomar psicóticos en análisis. Evidentemente, otras indicaciones en la teoría de Lacan dan idea de que sin embargo sería factible. . .

S. Hommel — Es su apuesta incluso.

M. Silvestre — Las últimas líneas del texto sobre psicosis son una apertura.

S. Cottet — También hay esta tesis: tomar a un prepsicótico en análisis lo vuelve loco. Pero no sólo hay eso en Lacan.

M. Silvestre — Es verdad. En lo que concierne a las entrevistas preliminares, y no hablo de la práctica individual de cada analista, está claro que la única contraindicación de análisis precisa es la psicosis.

M. Strauss — Lacan no dice que haya una contraindicación. Dice que más vale saberlo antes.

G. Lemoine — Parecería asimilarse el poder hacer un análisis con no ser psicótico. Dicho esto lo curioso es que no es verdad que esto influya en mi decisión. Si el análisis me parece posible, es decir, si comienza, no me pregunto si voy a continuarlo. . .

M. Strauss — Me llegó un paranoico que quería un psicoanálisis porque su mujer le había dicho que lo hiciera. Era un loco con delirio interpretativo y persecutorio. Más bien lo desalenté. Era incluso peligroso y no había dudas en cuanto al diagnóstico. No pretendí intentar tratarlo con psicoanálisis.

G. Lemoine — Ustedes siempre hablan de paranoicos cuando hablan de las imposibilidades y no de las psicosis en general. ¡Tienen razón! El paranoico puede volver el análisis, e incluso toda entrevista, materialmente imposible.

M. Strauss — Un día llegó al dispensario un esquizofrénico completamente disociado. Pidió un análisis porque le habían

dicho: “Para usted no”. Era, con todo, sensible a la intersubjetividad y profundamente infeliz. Lo que le habían dicho lo había tomado como un golpe bajo. Entonces le dije: “Pero seguro, vamos a hacer un análisis” y lo recibí una vez por semana durante tres o cuatro. A la cuarta me dice: “Al final, no es realmente un análisis lo que quería. Prefiero encontrarme con gente para discutir”. Le respondí: “Seguramente tiene razón”. Y bueno. No lo descorazoné y continué viéndolo. No hice de malo. Pero no insistí en que se acostara.

S. Cottet — Es preciso tratar de saber, y me parece que es un poco el papel de las entrevistas preliminares, a dónde va a conducir al paciente un análisis. Y por consiguiente, a dónde nosotros mismos, en tanto analistas, pensamos conducirlo. Me parece que forma parte de la ética analítica plantearse este problema: ¿a qué lo va a llevar todo esto? ¿Qué es lo que tiene que superar? ¿Esto va a hacer prosperar al síntoma? ¿Lo va a extinguir? Está también el *Che vuoi?* del analista. Es un problema que debe plantearse caso por caso. A un paranoico, justamente, no es algo que vaya a llevarlo a una sedación de su paranoia.

G. Lemoine — Usted no puede extender el caso de la paranoia a toda la psicosis.

S. Cottet — No, la tomo como ejemplo porque me parece un ejemplo *princeps*.

### El encuentro

S. Hommel — La gente no pide un análisis únicamente porque les va mal en la vida; a veces ocurre también en un momento preciso de lo que sucede en el mundo. Por ejemplo, luego de Mayo del '68, hubo como un maremoto hacia el análisis. También son cosas a detectar, me parece, en las entrevistas preliminares. Mi objetivo es desplazar, desde el inicio, la pequeña queja personal, para hacer captar al sujeto que está comprometido en otra cosa, en las generaciones y en la historia. Claro está, no en el sentido de una fatalidad.

M. Strauss — ¿Un diagnóstico de estructura equivale a detectar el síntoma?

D. Silvestre — ¿Da una indicación para la dirección de la cura?

M. Strauss — El síntoma se construye en la cura por la transferencia, en torno a la persona del analista, pero el sujeto

(31)

124

(4)



tiene su síntoma desde el comienzo, de manera muy dispersa a través de lo que cuenta de las desdichas de su vida. Tal vez escuchar al sujeto en las entrevistas preliminares es detectar lo que se va a construir como síntoma. Pero al principio, lo que hay es un efecto de encuentro. Allí trataría de situar las cosas como efecto de *tuche* que se agrega al *automaton*.

*S. Hommel* – Yo siempre pregunto: “¿Por qué fue ayer que usted me llamó?”

*G. Lemoine* – ¿Y responden?

*S. Hommel* – En general es una frase, un sueño, una mirada, un ómnibus que pasa. Siempre es algo absolutamente preciso. Se puede explicar lo que es, para el analizante, la necesidad de esperar un encuentro.

*M. Strauss* – Ninguna respuesta es suficiente, pero encuentro que lo que responden en ese momento siempre es muy interesante.

*S. Cottet* – En fin, ¿cuál es la relación con las entrevistas preliminares?

*S. Hommel* – El encuentro.

*S. Cottet* – Se habla ya sea del encuentro con un significante que precipita al sujeto en el análisis, ya sea del encuentro con el psicoanalista: son dos encuentros. Pero, en el marco de las entrevistas preliminares, también hay un efecto de sideración, que se obtiene o no, pero que es un índice para poner en marcha las cosas.

*M. Strauss* – Es preciso que el sujeto se haya encontrado con algo, ya que ha decidido pedir una entrevista. A los pacientes, las entrevistas preliminares también les sirven para reencontrar ese momento de sideración. Por eso a menudo prueban varios analistas. Me acuerdo de un caso muy simple. Viene un paciente a su primera entrevista, me cuenta su vida y me previene que piensa ver a varios analistas. Le pregunto: “Según su opinión, ¿cuál es el criterio que le va a permitir elegir?”. Quedó lo suficientemente estupefacto con esa pregunta como para tener ganas de responderla conmigo. Suspendió su búsqueda, que duraba desde hacía bastante tiempo.

*G. Lemoine* – Tengo el caso contrario. El de una mujer que me contó su vida durante toda una sesión, y justo al final, me dijo: “¿Cuánto cobra usted?” – “No tengo tarifa, ¿usted cuánto puede pagar?”. Me respondió: “Escuche, la persona que fui a ver...” – “¡ Ah! ¿usted fue a ver a otro?” ¡ Justo al final e incidentalmen-

te! Agregué: “Ya que es así, no le cobro nada por esta entrevista; vuelva a telefonarme cuando se decida”.

*M. Strauss* – Pero en el caso del que yo hablo, lo que detuvo al paciente no fue una pregunta sobre su vida o su deseo, etc. Lo detuvo justamente la pregunta que en el fondo no podía responder. El simple hecho de escucharla lo detuvo y se dio cuenta de que no sabía.

*S. Cottet* – Usted respondió de un modo un poco particular a la pregunta “¿A quién acostamos?”, porque de hecho supone dos respuestas. O es para obtener lo que no surge en la entrevista preliminar, con lo que queda como preliminar a la cura pero no es prueba de que la cosa haya arrancado, o bien la otra eventualidad, se lo acuesta para escuchar el síntoma. En este caso, de lo que usted habla es del paciente que usted acuesta para que llegue a decir su síntoma.

*M. Strauss* – Entonces, ¿qué es el diván? ¿Un puro procedimiento técnico?

*S. Cottet* – Se lo podría llamar procedimiento para confesar.

*D. Silvestre* – Es poner a la gente ante la consecuencia de lo que pide. ¿Quiere un análisis? Bien, un análisis es esto.

*M. Strauss* – Lo hice una vez y lo lamento. Tuve, en efecto, la impresión de que la persona se durmió antes de despertarse y de que permaneció dormida. Una vez acostado es muy duro despertar a alguien si no está en el discurso analítico.

*S. Cottet* – En eso creo que estamos todos de acuerdo. La entrevista preliminar no es el discurso analítico, pero constituye su antecámara.

*S. Hommel* – ¿Están de acuerdo en llamarlo el cuerpo a cuerpo? Una vez acostado el paciente, el cuerpo a cuerpo termina. Algunos, cuando se los acuesta, dicen: “Ahora tengo que decir todo, pero estoy privado del soporte de sus reacciones, ya no veo el efecto de lo que digo en su rostro, en su mirada”. Tiene un efecto de castración. Quedan en seguida confrontados con lo imposible de decir, y como lo que no pueden decir no se puede adivinar, tienen que pasar por el esfuerzo de decir lo más posible.

*S. Cottet* – Cuando se cesa de estar cara a cara, se tiene – como lo decía Desanti para las matemáticas – el análisis en la espalda.

Traducción: J. C. Indart